

dad egregia pues es, a juicio de Juan Valdés, una de las más elevadas encarnaciones de la nobleza humana.³

No voy a glosar aquí aspectos del libro de Carande ceñidos a los temas económicos, de todas formas, no quisiera silenciar su acierto al destacar el valor de las fuentes parroquiales, para el debido conocimiento de la evolución demográfica en la Castilla del Quinientos⁴, o la pugna entre laneros y pañeros, como clave del desajuste económico de aquella sociedad⁵, o cuando subraya el valor del trigo, como medio coactivo utilizado por el poder —como ahora podría serlo el petróleo⁶; o su referencia al famoso *Memorial* de Luis de Ortiz, al que juzga como el mejor antecedente de Sancho de Moncada, que en buena medida no haría sino repetir el análisis de la situación económica hecha por el contador burgalés medio siglo antes⁷, o su estudio sobre la marina, con unas páginas dedicadas al papel de la galera en el Mediterráneo en el siglo XVI, que ya quisiéramos leer en el libro —por otra parte tan notable— dedicado por Braudel al *Mare Nostrum* en tiempos de Felipe II⁸; o, en fin, su memorable capítulo que ya desde un principio resulta acertado por su título tan sugestivo: «Las Indias en la retina de la sociedad española».⁹

Lo que sí quisiera destacar, porque creo que es digno de mención, es al Carande humanista que aflora constantemente en sus páginas; aun entre las dedicadas de lleno a los temas económicos. Así cuando analiza los asientos con los banqueros en 1532, recoge el paso de Carlos V por el Norte de Italia, a raíz de la liberación de Viena (recordemos que fue el año en el que Solimán el Magnífico intentó un segundo golpe sobre la capital austriaca). Carande menciona al punto que fue cuando Ariosto le ofreció su *Orlando Furioso* en Mantua, y cuando Tiziano, su gran pintor de cámara, le hizo aquel soberbio cuadro de cuerpo entero, que conserva nuestro Museo del Prado¹⁰. Por otra parte, ese estudio de los asientos con los banqueros no impide a Carande estar atento a cualquier otra novedad, como lo había de ser en 1534 la conquista del Perú, que Carande comenta ampliamente a través de una preciosa relación que halló en el Archivo Imperial de Viena¹¹. Por supuesto está al tanto también de los escritos de Erasmo y de su vinculación al Emperador, al que denomina el humanista holandés «el campeón de los evangelios»¹².

Pero, volviendo al Carande historiador del Emperador, quisiera recordar aquí un breve, pero hermoso estudio, de nuestro querido don Ramón: el que presentó a los coloquios de París celebrados en 1958, con motivo del IV centenario de la muerte del Emperador. Ese estudio lleva por título *Carlos V: viajes, cartas y deudas*. Del grupo de historiadores

³ R. Carande, op. cit., I, 33 y 34.

⁴ *Ibidem*, I, 68.

⁵ *Ibidem*, I, 98 y ss.

⁶ *Ibidem*, I, 123.

⁷ *Ibidem*, 213 y ss.

⁸ R. Carande, op. cit., I, 354 y ss.

⁹ *Ibidem*, I, 413 y ss.

¹⁰ *Ibidem*, III, 145.

¹¹ *Ibidem*, III, 161 y ss.

¹² *Ibidem*, III, 106.

españoles presentes en aquella ocasión, era Carande el verdadero especialista en la época de Carlos V. En él nos da algún juicio sobre el Emperador verdaderamente digno de subrayarse; así cuando nos lo presenta como el sempiterno viajero:

A lo largo de su vida ajetreada, corriendo tierras, tratando gentes y venciendo obstáculos, se enriquecieron sus dotes; fue adquiriendo plenitud, con calma y tesón, el desarrollo de su majestuosa personalidad.¹³

Pero sobre todo, quiero recoger ahora su canto a Carlos V, cuando aboga en dicha ponencia por la publicación inmediata de su correspondencia:

La historia de Carlos V —afirma Carande— es la historia de Europa en una época que no termina el 21 de septiembre de 1558. Su correspondencia, es una vulgaridad repetirlo, nos interesa a todos, y no, ciertamente, de una manera erudita, a quienes estén encerrados en su torre de marfil.

Y añade Carande, con ese afán tan suyo de hacer de la historia algo más que un recuento de cosas pasadas, con ese afán por conseguir que la historia, al modo orosiano, sea siempre útil para el presente, añade lo siguiente:

Los mismos afanes del mundo actual —no hay que decir que ahora es Carande el que así se expresa— reciben luz desde la perspectiva universal de la personalidad patética de Carlos V, y cualquier hombre que vuelva los ojos al pasado, para columbrar el porvenir, buscará con avidez los escritos más íntimos del último Emperador de Occidente.¹⁴

Porque se insiste en que lo más notable de la obra de Carande sobre Carlos V y su tiempo estriba en que supo desmitificar a los personajes, dándonos la otra cara de la moneda: la de aquel sufrido pueblo castellano, que al fin era el que pagaba las cuentas de las hazañas imperiales. Y esto es cierto siempre y cuando que no se crea, por ello, que Carande rebajaba el papel de Carlos V en la historia de Europa. Antes al contrario. Por eso quedaba aún más de manifiesto la importancia que concedía Carande al pueblo que servía de soporte al Emperador. Veámoslo en este fragmento suyo, referido al año 1533. Nos dice Carande:

Ya por entonces tareas abrumadoras que reclamaban en muchas partes su competencia, determinaron el desgaste físico del héroe —se refiere, claro está, a Carlos V—, en cuyos cabellos brotan las primeras canas, cuando está rayando los treinta años de su edad.

Obsérvese que no regatea al Emperador esa cualidad heroica. Para Carande, Carlos V es el héroe de la Europa de su tiempo. Pero no olvida a los demás, y así añade:

...no serían menores los desgastes de las víctimas anónimas de aquella trayectoria gloriosa; incontables serían los seres humildes cuya voz no siempre resuena en mi narración, aunque los tengo presentes, y ahora especialmente, comprobando lo poco que habría de tardar Carlos V en consumir guerreando, sin beneficios económicos para los reinos peninsulares, los caudales que... llegan desde el Perú...

Quisiera referirme ahora a otros aspectos de la obra de Carande. Hacia 1958 planeaba Carande la formación de un equipo internacional de especialistas para acometer aquella

¹³ Charles Quint et son temps, *París*, 1959, p. 205.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 209 y 210.

empresa que Karl Brandt y sus ayudantes habían sólo iniciado, cuando la segunda Guerra Mundial vino a desbaratar aquellos esfuerzos germanos: un equipo para el que los principales especialistas carolinos de todo el mundo eran convocados: por Alemania, Peter Rassow; por Italia, Federico Chabod; por Francia, Fernand Braudel; por Bélgica, Charles Verlinden; por Norteamérica, Lewis Hanke. Y por España, por supuesto, Ramón Carande. Era un sexteto de lujo. Así podía comentar yo en mi *Elogio a don Ramón*, con motivo de su doctorado *honoris causa* por la universidad de Salamanca:

¿Quién mejora ese equipo de modernistas al final de la década de los cincuenta?

Para añadir que allí podía encontrarse la justificación de que cuando acometo yo la edición crítica de la correspondencia familiar de Carlos V —en particular, las cartas cruzadas con su hijo Felipe II—, al llegar al quinto y último tomo y ver coronada una empresa de 25 años, se lo dedicara a don Ramón. Eso ocurría en 1981. Todavía no había cruzado una sola palabra con el insigne historiador. Aún no nos conocíamos. Pero ¿qué importaba? Y repito aquí lo entonces declarado en mi *Elogio*:

¿Acaso no existen lazos intelectuales, a veces tan fuertes como los de la propia sangre?

Pues yo había estudiado y aprendido tanto en la obra de Ramón Carande que, sin conocerlo, me podía justamente considerar como discípulo suyo. Cuando los historiadores no sabían más que presentar la época imperial a través de sus triunfos militares, en Pavía o en Otumba, en Perú o en Túnez, Carande revelaba la otra faz de aquella sociedad. Y esto en los años cuarenta, cuando primaban por todas partes los sueños casi infantiles de los imperios divinales. Entonces, con sencillez, huyendo del énfasis, Carande venía a demostrar cuánto sudor y cuántas lágrimas —y cuánto dinero y cuánta sangre— había costado a Castilla la obra carolina. Porque había ya dos Españas y por tanto dos Castillas: una, la que se había imperializado, compuesta por la minoría cortesana y aventurera, que seguía a Carlos V a todas partes y participaba —y aún le conseguía— sus brillantes triunfos militares; era la Castilla de los tercios viejos, que tenía su eco en las Indias con los navegantes y los conquistadores. Pero la otra Castilla, que constituía la inmensa mayoría, era la que penaba para arrancar a la meseta el trigo con que a duras penas se alimentaba; esto es, la Castilla del *Lazarillo de Tormes*, famélica y aterida, bien reflejada en aquella carta de Felipe II a su padre, recogida por Carande, en la que el Príncipe advertía a Carlos V que no podía comparar Castilla con Francia:

...porque demás que la fertilidad de aquel reino es tan grande..., la esterilidad de estos reinos es la que S.M. sabe, y de un año contrario queda la gente tan pobre, de manera que no pueden alzar cabeza en otros muchos...

Y el Príncipe, apiadado entonces de sus súbditos, describe en términos compasivos la mucha miseria en que estaban sumidos:

La gente común, a quien toca pagar los servicios, está reducida a tan extrema calamidad y miseria que muchos de ellos andan desnudos, sin tener con qué se cubrir, y es tan universal el daño que no sólo se extiende esta pobreza a los vasallos de V.M., pero aún es mayor en los de los señores, que ni les pueden pagar sus rentas ni tienen con qué, y las cárceles están llenas. Y todos se van a perder.

Esa carta la escribía Felipe II en 1545; tal era la situación del campo de Castilla, cuando Carlos V se apresta a la empresa de mayor envergadura de su última etapa: la guerra contra la liga de Schmalkalden. Así podía el Príncipe indicar al Emperador que mirase de acomodar sus altos pensamientos con la realidad del pueblo castellano que la sustentaba.

Y eso fue lo que supo señalar Carande, para desmitificar un período del que había tanta información y del que paradójicamente se sabía, en verdad, tan poco. Tarea de alto porte, que la Real Academia de la Historia supo reconocer, eligiéndolo a poco académico, y de la mano nada menos que de Gregorio Marañón, otro insigne coetáneo suyo.

Y lo notable del caso es que don Ramón Carande, con su modestia innata, nos confiesa que tenía remordimientos por no haber aprovechado todo el ingente material que había tenido entre sus manos y de no haber llegado tan lejos como hubiera querido. Se trata del *Prólogo* a la segunda edición escrito en Sevilla en 1964, a veinte años después del primero. Y nos dice, con su prosa sencilla y, por ello, tan elegante:

Tanto tiempo interpuesto no puedo decir que lo requiriese, ni lo absorbiera, esta única tarea. Estoy seguro de no haberlo aprovechado todo. Y aunque ciertamente, a ella dedicara más horas que a otras, habré preterido muchas y no estoy libre de remordimientos.

Después de dicho esto, en la cumbre ya de sus 77 años, encuentra que algo debe decir a la juventud: de qué modo se engaña el que se cree eternamente joven. Y en esta forma:

Me pesa más que ninguno (y lo declaro para que lo recuerden los jóvenes) haberme dado cuenta muy tarde de lo inexorable: de que mientras perdía el tiempo iba envejeciendo.

Eso le obligaría, nos dice, a algunas renunciaciones. Y de nuevo, con la modestia auténtica del sabio auténtico que él era, comenta:

La renuncia es la compañera de los hombres que conocen sus limitaciones.¹⁵

¡Admirable don Ramón! ¡Cuán lejos de la altanera soberbia de tantos falsos eruditos con que se tropieza uno cada día! ¿Cómo no habíamos de quererle todos los que le habíamos leído y todos los que le hemos conocido?

Un suceso en los últimos años de la vida de Carande: su doctorado «honoris causa» por la universidad de Salamanca

En noviembre de 1983 don Ramón Carande va a ser investido doctor *honoris causa* por la universidad de Salamanca, en un acto verdaderamente emotivo, del que puede ser testigo. Estando ese acontecimiento ligado a esa faceta del Carande historiador de Carlos V, tiene sentido que yo dé cuenta ahora de lo entonces acaecido.

En la primavera de 1983 proponía yo al claustro de doctores de la vieja universidad salmantina la designación de don Ramón Carande y Thovar como doctor *honoris causa*. Tan notorios eran los méritos de don Ramón que no hubo más que esperar el tiem-

¹⁵ *Ibidem*, I, VII.

po marcado por los trámites burocráticos; pero entre unas cosas y otras, no se pudo fijar la fecha hasta bien entrado el mes de noviembre, cuando normalmente los primeros fríos se hacen sentir en la meseta. Yo los temía por don Ramón, tan hecho ya a los suaves inviernos hispalenses. No le conocía bien. Se presentó en Salamanca, recorriéndola de un lado para otro, sin más abrigo que su larga bufanda. Quería verlo todo, o por mejor decir, revivirlo. Pues hacía más de medio siglo, en la época en que vivía Unamuno, gustaba de acercarse de cuando en cuando a Salamanca. Con un gran interés visitó la Casa Unamuno, subiendo sus empinadas escaleras con agilidad juvenil. Incluso quiso acudir al cementerio, una hora antes de iniciarse el acto académico, que estaba anunciado para las doce, para recordar allí al gran amigo; pero yo se lo desaconsejé, temiendo que fueran demasiadas emociones para un día que tantas anunciaba.

En efecto, como es sabido, el ritual pide que el padrino recoja al nuevo doctor, cuando el rector inaugura la solemne sesión académica en el paraninfo. Para ese momento, ya el viejo estudio salmantino estaba repleto de público, en su mayoría formado por jóvenes estudiantes, que desbordaba el gran salón del paraninfo. Para ese momento, el claustro antiguo. Fue preciso abrirse camino por entre una auténtica muralla humana que acogió con un formidable aplauso la presencia de aquel anciano, que iba cogido de mi brazo, y que reiteró, interminable, cuando terminó Carande su discurso; una bella pieza oratoria, en la que quiso recordar a su viejo amigo, don Miguel Unamuno.

Don Ramón Carande tenía tal personalidad que cautivaba a todos los que le conocían. Fue un gran historiador, eso lo sabemos todos; pero fue algo más: fue un gran hombre. Con su longevidad —ese regalo que los dioses hacen a los pueblos de cuando en vez— llenó prácticamente todo este siglo XX, que él vio nacer cuando ya le apuntaba la adolescencia, y que dejó cuando ya empezamos a pensar en el siglo futuro, ese siglo XXI que ya da nombre a clubs y editoriales de prestigio.

De forma que la historia de la España de nuestro siglo XX, la historia más auténtica de sus hombres y de sus pueblos, con sus afanes y sus problemas, difícilmente se podrá escribir sin recordar su figura. En todo caso, seguir sus peripecias biográficas es tanto como ahondar en esa historia española: su vinculación a la Institución Libre de Enseñanza, su rectorado de la universidad de Sevilla, su asistencia a las tertulias famosas de su tiempo, como las del *Gato Negro* (donde se reunían personajes de esta talla: García Morente, Zaragüeta, Fernando Vela, Cossío y Aurelio Viñas) su adhesión a los hombres más prominentes de la Segunda República, como Ortega y Gasset y como Azaña, sus años de persecución por las fuerzas oscurantistas, todo ello hace de él un símbolo para los españoles amantes de la libertad.

Algo que la juventud universitaria sensibiliza al punto. De ahí su presencia en masa en ese acto de la universidad de Salamanca, que antes he mencionado. No los había convocado nadie. O mejor dicho, sí los había convocado alguien o algo: el anuncio de que se iba a celebrar ese homenaje a la figura de Carande. Y quisieron estar presentes, para tributarle su aplauso emocionado y agradecido.

Manuel Fernández Álvarez